

¿le sirve la división de diseño a la universidad?

¿le sirve la universidad a la división de diseño?

*luis porter**

El presente texto es un resumen de ideas donde intento explorar algunas de las desviaciones tradicionales en la educación del diseño, para desarrollar desde ellas una visión general de lo que llamo una "práctica docente reflexiva". Una práctica íntimamente ligada con el espíritu del sistema modular, orientada a ayudar al estudiante a adquirir la dimensión artística que considero esencial para poder enfrentar la práctica profesional del diseño.

El argumento central es que las escuelas profesionales, hoy en crisis, deben repensar tanto la epistemología de la práctica del diseño como los supuestos pedagógicos en los que se basa la currícula de diseño lo que, en nuestro caso, significa un necesario regreso al sistema modular (revisado y actualizado), cuyos principios, aparentemente olvidados o desconocidos para muchos docentes, proponen la *práctica reflexiva* como elemento clave de la educación profesional.

Vivimos en una etapa caracterizada por un agudo descontento y un fuerte desprestigio de las profesiones. Los valores de la formación y la práctica profesional, alguna vez aceptados sin condición, hoy se encuentran públicamente cuestionados. Nadie duda que esta crisis de valores está ampliamente justificada. Vivimos en un mundo sobreprofesionalizado y sobreinstitucionalizado, donde las *formas* ahogan la sustancia de los mecanismos sociales (en la universidad, por ejemplo, donde lo administrativo muchas veces se sitúa por encima de lo académico).

Durante el siglo XIX uno de los grandes propósitos de la universidad fue el de proveer al individuo una educación liberal, cuyo propósito era guiar su formación sometiéndolo a una disciplina que permitiera su desarrollo intelectual en el marco de la más alta cultura. En una universidad así concebida no había lugar para el concepto de escuela profesional autónoma y especializada. Sin embargo, la universidad moderna fue cambiando hasta incluir áreas del conocimiento y formas de conocimiento instrumentales para la formalización de las profesiones tal como hoy las conocemos. La idea que prevaleció en la concepción de un conocimiento profesional riguroso, se basó en una racionalidad técnica, cuya epistemología de la práctica era una derivación de la filosofía positivista, que se insertó en los nuevos fundamentos de la nueva universidad. Esta racionalidad concibe a los que ejercen su práctica en el mundo real como aquellos que solucionan problemas instrumentales seleccionando medios técnicos apropiados para determinados problemas. Pero, como

nos ha tocado ver en los últimos 20 años, los problemas prácticos que plantea el mundo real no se presentan a los profesionales claramente estructurados, tal como se conciben en la academia. En toda práctica existen zonas ambiguas —incertidumbre, casos únicos, conflictos de valores— que escapan a los cánones de la racionalidad técnica. Cuando el practicante de una profesión reconoce que se enfrenta a situaciones únicas, se da cuenta que no las puede manejar tan sólo aplicando teorías o técnicas de su repertorio de conocimientos profesionales adquiridos en la universidad.

La UAM-Xochimilco, con una visión muy avanzada de la educación, intentó resolver desde su origen esta tensión, buscando conectar o relacionar no sólo a las profesiones entre sí, sino la teoría con la práctica, dando las bases para una nueva concepción de las prácticas profesionales. Los mecanismos que esta universidad ha desarrollado a partir del sistema modular han sido diversos y no igualmente efectivos, como ya sabemos. Si bien han existido logros en el campo de la salud y en otros programas, en el campo del diseño, a pesar de los esfuerzos que se han hecho, no se han logrado más que algunos éxitos marginales.

Podemos identificar, en el caso de diseño, dos posibles causas que yacen en la base del problema.

La primera es que el diseño, aunque encierra muchas formas de pensamiento y de acción, es en su esencia principalmente un *arte visual*, y la práctica de todo arte, aunque tiene una dimensión académica y un espacio universitario de enseñanza, se relaciona principalmente con procesos supra racionales que son esencialmente ajenos a los procesos intelectuales académicos, y extraños en gran medida a la universidad. En el campo del diseño aplicado, tal como es la arquitectura, este problema se agudiza por un factor adicional que contribuye a esta desubicación, y es la siguiente: mientras que en otras artes y profesiones las contribuciones más importantes pueden efectuarse por individuos o por mecanismos institucionales, en la arquitectura (como en el diseño industrial, gráfico o urbano) las contribuciones importantes requieren casi siempre de un aparato operativo que no puede existir dentro de la institución universitaria, ya que casi siempre abarca una amplia gama de actividades y de intereses que no pueden reproducirse dentro de las normas y el estilo de la estructura universitaria.

Vemos entonces que el diseño, al insertarse en la universidad como programa de formación, se ve atrapado en una paradoja imposible de resolver: por una parte la universidad pareciera separar al diseño de las fuentes vitales que lo alimentan, mientras que por otra, su carácter práctico, de empresa, pareciera devaluar al diseño como disciplina, disminuyendo su capacidad de establecer un discurso fructífero que abriera el diálogo con otras disciplinas menos contaminadas dentro de la universidad. De hecho, la historia muestra que las escuelas de arquitectura (invento norteamericano de mediados del siglo pasado y origen de otras escuelas de diseño), siempre han existido en un vaivén ideológico entre los extremos de esta paradoja, a veces del lado de las normas de la práctica profesional, otras del lado de la reflexión académica, pero rara vez integrando ambas y probando que la universidad es capaz de darle un sentido real útil al diseño y que a su vez esta área del conocimiento es útil a la universidad.

Generalicemos sin temor a equivocarnos diciendo que el entrenamiento para la práctica profesional que se da en las escuelas de diseño no es suficiente. Es necesario hacer más cosas que sean útiles para el diseño y útiles para la universidad. Y esto nos lleva a las preguntas que sirven de título a esta ponencia:

1. ¿Para qué le sirve a la universidad tener una división de diseño?

Para contestar esta pregunta debemos considerar ésta otra: ¿por qué los diseñadores dan clases?

Los diseñadores dan clases porque les gusta mucho participar en esta empresa que es la educación superior. Pero existe también otra razón: damos clases porque estar involucrados en una escuela profesional nos ayuda a obtener una distancia crítica de nuestra práctica profesional.

Tradicionalmente a los diseñadores que practican su profesión siempre les ha atraído apartar un tiempo para enseñar, y esto ha sido, creo yo, para ser capaces de profundizar en su práctica, para reflexionar sobre su quehacer. Esto, que ha sido cierto siempre, lo es mucho más en esta época de ambivalencia cultural, en esta extraña época a la que no hemos podido darle mejor nombre que "posmoderna", en que los principios y las normas de las que ha dependido el diseño se han visto erosionados e invadidos por todo tipo de incertidumbres que impactan todos los aspectos de la cultura. Hoy los diseñadores somos testigos de la mayor trivialización de las artes frente a la mayor intelectualización de las teorías. Esta situación nos obliga a tener que ver a través de fuertes cuestionamientos críticos aquellos principios guías que en otro momento estaban a la mano, presentes por la tradición cultural, la teoría prescriptiva, de alguna forma de consenso cultural.

Si asumimos esta situación quizás estemos en condiciones de comenzar a contestar las preguntas que estamos haciendo, porque podremos pensar que la utilidad

de la universidad para el diseño ya no reside, como alguna vez ocurrió, en la promoción y la elaboración de sistemas particulares de valores o de construcciones teóricas o formas de práctica. Veremos que esta utilidad reside, o podría residir, en la capacidad de la universidad de apoyar en discurso crítico acerca del diseño, un discurso lo suficientemente poderoso y amplio para servir de puente entre las diversas formas de pensamiento y acción que entran en el hacer del diseño. Un discurso que integre lo pragmático e instrumental con lo especulativo e ideal. Este es un planteamiento que debería darse en una universidad como la nuestra, que se propuso ser al mismo tiempo reflexiva y especulativa, y que, conducida con rigor y audacia, debería comprometer la atención de otras disciplinas ganando su interés y su respeto.

Algunos de nosotros en la División de Ciencias y Artes para el Diseño (CyAD) vemos al diseño como un arte, pero como un arte social íntimamente comprometido en lograr la síntesis de lo funcional, lo técnico y lo simbólico, obligado a enfrentar la constante tensión entre memoria e invención. Si bien la universidad no es el sitio ideal para intervenir en la realización del diseño, sí puede ser el lugar adecuado para alimentar la interacción entre academia, indagación especulativa y práctica, el espacio para formular preguntas importantes antes que para dar respuestas definitivas.

En el caso de CyAD la práctica del diseño convertido en el "objeto de transformación" se convierte, sin embargo, en un mundo virtual. En el "estudio" o taller de diseño, herencia de la enseñanza más tradicional del diseño, la docencia busca reproducir los rasgos esenciales de la práctica. En este intento por dar realismo al taller de diseño ha sido común sobrecargar al estudiante con un sinnúmero de limitaciones o a veces con un exceso de libertad, convirtiendo la práctica del taller en un mundo propio con su cultura, sus lenguajes, normas y rituales. El taller de diseño en consecuencia, generalmente tiende a aislar al estudiante no sólo del mundo real, al que no tiene acceso, sino de la misma universidad, del resto de los programas y áreas, porque ese "taller", en la medida en que no se constituye en un ámbito de reflexión crítica, se ha convertido en un artificio pedagógico.

Por otra parte, en los programas docentes de CyAD, dominados por distintas versiones de este taller de diseño tradicional, también se ha buscado la manera de introducir ciencia aplicada y otros contenidos del conocimiento profesional alrededor de ejes o problemas. Sin embargo no hemos visto ejemplos importantes donde se haya logrado integrar la ciencia aplicada con el arte del diseño y más bien la tendencia es que estos "apoyos" se conviertan en mini-materias, o abiertamente en paquetes de materias.

La UAM Xochimilco, en su concepción pedagógica, propuso elementos innovadores para superar estas contradicciones: la idea de convertir al estudiante en un investigador con una idea distinta de investigación, que bien podríamos llamar investigación-acción (aprender haciendo), permite concebir este hacer en una zona inter-

media entre la práctica y la reflexión. De esta manera la universidad puede llegar a ser sede de una actividad que informa y es informada por la práctica pero no se orienta hacia la práctica directa (intentando "resolver" o influir en problemas reales), ni la trata de reproducir artificialmente en un taller de diseño. Después de todo, la principal forma en que una universidad debe funcionar al preparar a un intelectual es promoviendo la dimensión imaginativa de los principios que subyacen en una carrera. Una universidad es imaginativa o no es nada, o al menos nada útil. Y esto no se restringe al diseño.

En una universidad así concebida, cabe entonces formular la segunda pregunta básica.

2. ¿Para qué le sirve a la división de diseño la universidad?

Ya hemos visto que los programas de diseño están en la universidad aislados entre sí y del mundo que los rodea. El taller de diseño es el método principal de reproducción de la realidad. Esto pasa en arquitectura pero se intensifica en otras disciplinas del diseño aún más contaminadas, como lo son el diseño urbano o el gráfico. Paulatinamente hemos ido olvidando las premisas del sistema modular, nos hemos alejado de la reflexión necesaria que la nueva pedagogía requiere y hemos ido regresando a una currícula tradicional bajo una morfología modular.

Hacer de la universidad un sitio para la preparación de estudiantes que puedan ingresar a la competencia profesional es lo que llevó a hacer a un lado la enseñanza de la historia, de la teoría, de la ciencia aplicada, es lo que ha ido dejando de lado hasta a las matemáticas. En su lugar se puso énfasis en un entrenamiento meramente instrumental. Como resultado, hoy tenemos una división de diseño habitada por diseñadores con mucha resistencia a investigar, que ni siquiera le ven sentido a la investigación, que no saben cómo abordarla, para no mencionar al diseño en sí mismo, como arte visual, también desplazado, disminuido.

Durante estos 15 años de la UAM-X, el diseño ha entrado a un nuevo *ethos*. El alejamiento del rigor positivista y de las verdades únicas, del mundo sistemático, nos ha obligado a participar en una etapa más coloquial, más flexible. Hasta hace poco a las artes no se les podía tomar tan en serio como se le tomaba a la física o a las ciencias. Los paradigmas cambian y surgen nuevas formas de creatividad y con ello también cambia la forma en que el diseño inventa, define, elabora, critica y cuestiona las relaciones entre los seres humanos, sus instituciones y el mundo natural. La práctica del diseño ya no se toma como meros juegos subjetivos producto de la intuición o de la casualidad. El arte adquiere una nueva dimensión.

El diseño así visto puede servir de base a una crítica radical de la cultura, una crítica que se lleva a cabo no con el lenguaje de las palabras sino con el de las formas. Un diseño que surge de una práctica reflexiva tiene mucho que ofrecer al pensamiento universitario, y es capaz a su vez de nutrirse del mundo del conocimiento, imposibilitado quizá de comunicarse con todas las ciencias, pero iluminado por su particularidad, por su presencia material, por lo concreto y pragmático de su arte.

Esta no es más que una hipótesis. O quizás ni siquiera una hipótesis, sino una serie de fantasías. Pero considero que la única manera de permanecer en la UAM de tiempo completo sin perderse en los pasillos, ese elemento arquitectónico que es esta universidad muchas veces se impone sobre el aula, es siendo optimista y fantasioso. Y en este momento de la historia de CyAD encuentro varias razones para ser optimista. Por una parte, México está cambiando y las políticas hacia la educación superior y hacia la UAM están redefiniéndose. Hay más recursos y nuevos ojos puestos en nuestra labor. Por otra parte, considero que bajo la actual dirección nuestra División se ha reorganizado, se ha comenzado a mirar a sí misma para tomar mayor conciencia de lo que es y puede llegar a ser, y se han construido nuevas bases para un futuro fortalecimiento y compromiso, tanto para la academia como para las profesiones que sirve.

Estamos en el umbral de cambios. La división de diseño se mueve en una trayectoria que podría situarla en una nueva órbita. Que logremos romper nuestra actual inercia depende de iniciativas que deberán venir de las profesiones de diseño y sus nuevas prácticas, y también del interior de la universidad, de los profesores que las ejercen y que las pueden traer hacia este espacio de reflexión y crítica que debe seguir siendo la universidad.

La universidad adquiere sentido, si estamos abiertos a la indagación crítica y especulativa con el mismo nivel e intensidad en que lo hicimos de 1975 a 1980. Diez años más tarde, superada una década de crisis y frustración, tenemos que reconocer que la actitud crítica es esencial para la vitalidad de nuestro arte en una era de nuevas incertidumbres.

El diseño y la universidad se ayudarán una a la otra sólo en la medida en que ambas se conviertan en empresas caracterizadas principalmente por la autocrítica, por la manifestación de las ideas, por la controversia, por asumir los riesgos que sean necesarios. Estas son las precondiciones básicas que nos permitirán afirmar que formar parte del espacio universitario es beneficioso e importante para el diseño, y que consecuentemente la división de diseño es buena y necesaria para el resto de la universidad.

* Profesor de la UAM-Xochimilco.